

porque en cuanto á los carlistas, como tú has dicho en algún artículo, esos no se van nunca por ninguna parte, sin duda porque siempre son de casa. Vistos los itinerarios de cuantos en semejantes aventuras me habían precedido, no quise ser menos, ni contravenir á la orden que profesamos, y desesperábame sólo el que nadie me persiguiese, merced sin duda á lo poco que en tiempo del oscurantismo había brillado; mil veces imaginé que topográficamente hablando debía estar la España colocada al revés, y que cuando el Supremo Hacedor la echó con el pie á este mundo, para usar de una expresión de Lamartine, no quiso tener presente que los depósitos habían de estar en Tours y en Bayona, y el derrotero en Andalucía.

Recogí con todo mis trebejos, y salíme de Madrid á pie y ocultamente, ni más ni menos que si vinieran tras mí los héroes del Troca-

déro, tomando para Francia por Oñate, como quien va primero á Cádiz ó á Alicante. «Esperemos,—dije al llegar á la ciudad de Hércules con voz noble y entusiasta,—esperemos aquí á pie firme el puñal de Catón, ó la cicuta de Séneca;» y haciendo y esperando, tomé mi pasaje en un buque que se hacía á la vela para Burdeos, concluyendo con majestad y franqueza al ver henchir el viento las velas que me llevaban á mí y á mi fortuna á las playas inhospitalarias de Lafitte y Châteaumargot: «Marchemos francamente, y *yó el último, por la senda del extranjero.*»

Hasta aquí las causas que influyeron en mi determinación, y la clave explicatoria de cómo resido ahora en París, después de haber sido en las Batuecas corresponsal de nuestro común amigo el Pobrecito Hablador.—*Andrés Nipor- esas.*



## EL DOGMA DE LOS HOMBRES LIBRES

PALABRAS DE UN CREYENTE

POR M. F. LAMENNAIS

### CUATRO PALABRAS DEL TRADUCTOR

En circunstancias como éstas, en que se mezclan con los intereses generales intereses personales, en que la cuestión de los medios que se han de poner en práctica para conseguir el fin, suele adquirir más importancia que el fin mismo, dividiendo y subdividiendo hasta el infinito los partidos; en momentos en que es tan fácil á los rencores personales dar torcida explicación á las menores acciones, presentando á una luz falsa las opiniones que los acontecimientos modifican de continuo, sobre todo cuando la precipitación con que éstos se suceden viene á impedir muchas veces el completo desarrollo de aquéllas, el traductor de esta obra ha creído de su deber entrar con sus lec-

tores en una previa explicación tan necesaria como justa. No porque á la causa general pueda importarle la mayor ó menor rectitud de un individuo, sino porque importa mucho al individuo mismo que una acción incompleta y un silencio prolongado no den lugar á falsas interpretaciones. El traductor de LAS PALABRAS ha creído indispensable poner al lado del pensamiento de LAMENNAIS, pensamientos suyos, por más que los reconozca inferiores al que preside á la obra que ha tratado de vulgarizar en España.

Lástima grande por cierto que esta obra no sea una realidad todavía en el mundo. Clasificada hasta ahora por la imperiosa tardanza de los hechos entre el sinnúmero de teorías que la

imprensa arroja diariamente en el torbellino de sistemas que comparten el mundo moderno, apóyase sin embargo en dos grandes verdades.

*Primera.* La necesidad de una religión en todo estado social; necesidad innegable, pues que la experiencia no nos presenta en el trascurso de los tiempos un solo caso de un pueblo ateo.

*Segunda.* El derecho común de los hombres, por el cual ninguno de ellos puede adjudicarse más predominio sobre los demás que el que éstos mismos quieran cederle, derecho tan innegable como la necesidad de una religión, pues como ella se funda en la naturaleza.

En ésta existe la necesidad de la religión, puesto que todos al nacer entramos á ser parte de un orden de fenómenos anterior al hombre mismo, indestructible, y superior, no sólo á su fuerza, sino á su propia inteligencia; en una palabra, sobrehumano; orden inmutable que revela un poder mayor existente, y que á la par impone una ley universal, emanada de él; ley grabada en toda sociedad aun con anterioridad á su existencia, pues que lo está en el corazón de todo hombre, á saber, la JUSTICIA.

La RELIGIÓN, pues, como dogma de los deberes del hombre para con el poder superior preexistente á él en el mundo, y como fuente de la *moral*; y la JUSTICIA, como dogma de los deberes de los hombres entre sí, y como fuente del orden, son la base de todo estado social.

Aunarlas, y derivar sus consecuencias puras, sin tergiversación, y sin mezcla de supersticiones; he aquí lo que ha tratado de hacer el autor de las PALABRAS DE UN CREYENTE. Porque las supersticiones políticas han ahogado la justicia, como las supersticiones religiosas han ahogado la religión.

Que la sociedad, por causas accidentales, se haya apartado de fuente tan pura, es un hecho; que para traerla de nuevo al punto de partida sea necesario luchar con los obstáculos que aquellas causas accidentales han creado y entronizado, es una verdad; que en esta lucha, el que proclama la verdad haya de sufrir el dictado de sedicioso y desorganizador, es natural. Pero estas cuestiones todas, cuando sólo se trata de sentar los principios generales, sin aplicación á circunstancias determinadas, sin incitación á país alguno, son realmente secundarias.

Porque los hombres hayan desconocido la verdad por un tiempo, ¿por eso no podrá enunciarse? Si se han apartado de su camino, condición será de la débil humanidad; si la fragili-

dad de ésta en fin fuese tal, que la verdad pura no pudiese verse completamente entronizada, si estuviese destinada á ahogarse entre humanas modificaciones, por eso sólo ¿no podrá ser aclamada?

Por otra parte, los que niegan la perfectibilidad del género humano, los que, concediendo la verdad del principio, niegan la posibilidad de establecerlo, blasfeman contra la Providencia, porque suponen que ésta ha grabado en nuestro corazón el dogma de una justicia irrealizable, que nos ha dado un tipo para la teoría, y una ley en contraposición para la práctica; suponen que ha puesto en lucha en nuestro corazón la creencia y la realidad. Criarnos para eso hubiera sido un sarcasmo.

Inferir también de que el mundo ha sucumbido hasta el día á ciertas condiciones, que siempre ha de sucumbir á las mismas, es no haber estudiado la marcha de los tiempos. El que así raciocina se parece al niño que creyese imposible llegar á ser hombre sólo por ser niño, cuando precisamente sólo se puede llegar á ser hombre siendo niño; es negar el porvenir. Es además una ilusión del amor propio que limita á la existencia de una generación la vida del mundo. ¿Qué importa para el orden establecido, para ese coloso que marcha, creciendo siempre, que una, diez, cien generaciones se hayan hundido sin tocar en la perfección? ¿Qué significa que no hayan servido sino de escalones á las que las han heredado? Lo que le importan, lo que le significan al hombre de treinta años el pelo que le han cortado en su niñez, y las vestiduras que por cortas ha ido desechando.

No diremos más con respecto á Lamennais. Si necesitase defensa ó apoyo, mejor le defendería su mismo libro que cuanto en favor de sus doctrinas pudiera su traductor decir.

Pasemos á la traducción. Si me preguntan por qué he traducido este libro, responderé: Hay dos cosas que considerar actualmente en el estado imperfecto de la sociedad, en este estado de transición y de viaje en que se encuentra. Primera: la verdad última hacia que camina. Segunda: el medio de conseguir esa verdad. Hay por tanto que tener presentes los principios absolutos, y la oportunidad relativa de las circunstancias.

Con respecto á los principios, ahí va Lamennais. Pero, ¿para ahora? No nos toca á nosotros decidirlo. Los enunciamos y nada más. Parte tan diminuta de la humanidad, arrojamos ante sus ojos unas doctrinas. Agregarnos des-

pués á lo que ella adopte y decida por ahora es nuestro único deber.

Pero reconocido el imperio de las circunstancias, proclamar una verdad que no está de acuerdo todavía con esas circunstancias, es alterar lo existente, es ser subversivo.

No; porque si el mundo marcha, no puede ser subversivo quien le abre camino. Ni progreso quiere decir otra cosa que continua variación. Por eso el que muere mártir hoy, es declarado santo mañana, así que la práctica llega á realizar la teoría que proclamó. O por mejor decir: sí; tiendo á alterar lo existente. No está el mal en eso, sino en haber dado una mala interpretación á una palabra buena; alterar para progresar no es crimen en lo presente para con la sociedad; es mérito al contrario para con ella en el porvenir.

No gira la cuestión sobre si se ha de alterar, sino sobre los medios que para ello han de emplearse. Violentar para alterar, forzar la voluntad existente, y dar á los hombres por la fuerza su felicidad misma, es un crimen. Predicar para convencerlos, sembrar hoy para coger mañana, no es alterar, no es ser malamente subversivo; es preparar lícitamente las alteraciones futuras.

Esto sentado, sólo el sable es peligroso; la palabra nunca. Así es que la palabra no ha trastornado jamás de la noche á la mañana con la publicación de un libro la faz del mundo. Su enunciación, mientras más prematura es en un estado, es tanto menos peligrosa, porque, no encontrando simpatías bastantes en el momento, queda latente é infecunda por el pronto, como la semilla oculta y encerrada en la tierra hasta el tiempo de la germinación y del desarrollo.

Mahoma pudo cambiar con la violencia en breve espacio la faz de gran parte del mundo. Pero el Cristo, que vino á predicar, y no á combatir, no logró variarla sino á fuerza de años y aun de siglos; y en vez de matar para consolidar su obra, tuvo él que morir con los suyos por ella.

La revolución que se verifica por medio de la palabra es la mejor, y la que con preferencia admitimos; la que se hace por sí sola, porque es la estable, la indestructible. Por eso á nuestros ojos el mayor crimen de los tiranos es el de obligar frecuentemente á los pueblos á recurrir á la violencia contra ellos, y en tales casos sólo sobre su cabeza recae la sangre derramada; ellos sólo son los responsables del trastorno, y de las reacciones que siguen á los

pronunciamientos prematuros. Sin ellos, la opinión sola derribaría; y cuando la opinión es la que derriba, derriba para siempre; la violencia deja tras sí al derribar, la probabilidad de la reacción á la fuerza hoy vencida, y que puede ser vencedora mañana. El paganismo cayendo ante el poder de la opinión, y á la voz del Cristo, cayó para siempre, al paso que la fuerza colosal del imperio romano no consiguió ahogar la voz del Cristo en la apariencia más débil, pero en realidad más poderosa, porque se apoyaba en la convicción. La inquisición, que nadie ha destruído violentamente en ninguna parte, y que ha muerto por sí sola á manos de la opinión, bien como el tormento, no volverá á aparecer jamás sobre la tierra. Por el contrario, hemos visto un ejemplo de la inutilidad de la fuerza en esa misma religión cristiana, que, derribada por el torrente de los excesos de sus ministros y falsarios en un país vecino, donde provocaron la violencia contra ella, volvió á aparecer casi por sí sola. La opinión no le había abierto la huesa todavía. Tan liberales somos, tan allá llevamos el respeto debido á la mayoría, al voto nacional, á la soberanía del pueblo, que no reconocemos más agente revolucionario que su propia voluntad.

En consecuencia he traducido este libro, porque sean cuales fueren sus doctrinas, pertenezcan al presente ó al porvenir, creo que la palabra no puede ser jamás nociva. La mentira impresa y propalada cae por sí sola, y puede ser rebatida con la palabra misma. Por el contrario, la verdad impresa y propalada triunfa, pero triunfa á fuerza de convencer, triunfa sin violentar, y este es el más bello triunfo posible.

En estos principios se apoya la libertad del pensamiento, y en este sentido no conocemos crimen mayor que el empeño que los gobiernos ponen en coartarla. No sólo privan de un derecho á su generación, sino que asesinan en su germen á su posteridad. En nuestra opinión los hombres todos deben saberlo todo. Sólo así podrán juzgar, sólo así podrán comparar y elegir.

He traducido además esta obra para luchar con un error de grave importancia.

La religión cristiana apareció en el mundo estableciendo la igualdad entre los hombres, y esta gran verdad, en que se apoya, ha sido la base de su prosperidad. Los reyes, en cuyo interés no estaba interpretarla de esta suerte, experimentaron el instinto de torcerla á sus fines, y muchos malos ministros de ella, que

para consolidar su triunfo duradero deberían haberse puesto de parte de los pueblos, sacrificaron el porvenir á una brillante existencia precaria y á honores pasajeros, prestándose á convertir esa misma religión tan pura en instrumento de tiranías. O estorbaron la vulgarización de las Sagradas Escrituras, ó las interpretaron á su manera, tornándolas palanca política; sustituyeron en provecho suyo, y en el de los gobiernos, á la religión la superstición, á la creencia el fanatismo, arteria á que desgraciadamente se prestaba demasiado la ignorancia de los siglos medios. De aquí resultó que cuando los filósofos del siglo pasado quisieron minar el edificio social, tan injustamente organizado, tuvieron que atacar la superstición y el fanatismo; empero confundidos ya la superstición y el fanatismo con la religión, apareció ésta atacada en sus escritos: los discípulos de los enciclopedistas exageraron, como en tales casos sucede, los principios de sus maestros, y así como los pueblos, seducidos, habían pasado de la religión al fanatismo, así, desengañados, pasaron del fanatismo á la impiedad.

Los liberales sin embargo y los reformadores hubieran triunfado hace mucho tiempo completamente y para siempre si en vez de envolver en la ruina de los tiranos la religión, necesaria á los pueblos, y de que ellos habían hecho un instrumento, se hubieran asido á esa misma religión, apoderándose de esta suerte de las armas mismas de sus enemigos para volverlas contra ellos. El protestantismo, separando en los pueblos donde se introdujo la religión de la política, el cielo de la tierra, y poniéndose de parte de los pueblos, obró con mejor instinto: se granjeó el respeto, y se consolidó renunciando á miras mundanas de ambición; llegó á ejercer una verdadera influencia, tanto más indestructible cuanto mejor era su fundamento; y aseguró la libertad arraigándola primero en las conciencias, en las costumbres después. Hermanó la libertad con la religión. Aunque más tarde, ¿por qué no hemos de hacer lo propio con el catolicismo?

En España la reacción debía ser más terrible, puesto que habían pesado más sobre ella que sobre nación alguna los excesos del fanatismo. No conteniéndose los partidos nunca en los justos límites, no consintiendo el calor de la lucha la reflexión, el traductor de esta obra, leído con ligereza, y sin esta previa explicación, estaba expuesto á un doble riesgo. Podía aparecer á los políticos modernos preocupado

en religión, epíteto poco envidiable en el día, y á los religiosos fanáticos, desorganizador en política. Sin embargo, no es ni uno ni otro. Si este libro puede conquistar á la causa liberal muchos de los fanáticos que creen que la religión se opone á las instituciones libres, si puede convencer á la multitud poco instruída de que la religión cristiana es una religión democrática y popular, si puede cimentar la libertad, destruyendo su mayor enemigo el fanatismo, el traductor corre con gusto el riesgo de aquella doble inculpación; no, empero, sin declarar que ningún escritor ha escrito nunca para los que no saben leer.

Los autores mismos del código que en el día nos rige hubieron de conocer esta importante verdad; sin duda vieron claro que no había llegado el término de la religión cristiana en España, que no llegaría jamás, cuando, en vez de declararla imprudentemente la guerra, á imitación de los filósofos franceses del siglo pasado, trataron de hacerla suya, y granjeársela, consignando en ese mismo código que la religión cristiana es la única verdadera y la del Estado. En eso dieron una gran prueba de su conocimiento del corazón humano y del mundo, además de una muestra importante de fe y de convicción religiosas. Volvamos la vista á todas partes, á esa Francia que ha vuelto á su religión después de tan violentas sacudidas, á esa Inglaterra tan adelantada, y tan religiosa, á esos Estados del Norte de América tan citados. Donde quiera hallaremos una religión, donde quiera hallaremos á Dios presidiendo á las acciones más indiferentes de los hombres, por voluntad de esos hombres mismos, y de esos hombres libres.

Religión pura, fuente de toda moral, y religión, como únicamente puede existir, acompañada de la tolerancia y de la libertad de conciencia; libertad civil; igualdad completa ante la ley, é igualdad que abra la puerta á los cargos públicos para los hombres todos, según su idoneidad, y sin necesidad de otra aristocracia que la del talento, la virtud y el mérito; y libertad absoluta del pensamiento escrito. He aquí la profesión de fe del traductor de las PALABRAS DE UN CREYENTE. Después de esta declaración de principios, por los cuales abogó constantemente en sus pobres escritos, el traductor cree que puede dormir tranquilo sin temor de la calumnia, si es que ésta alguna vez pudiera atribuirle importancia bastante para asestar contra él sus flechas emponzoñadas.



## AL PUEBLO

Este libro ha sido especialmente compuesto para vosotros; á vosotros, pues, le ofrezco. En medio de los males que son vuestro lote, en medio de las congojas que sin descanso os aquejan, séale dado prestaros animación y consuelo.

¡Oh vosotros! á quienes el día es pesado, yo quisiera que pudiese ser para vuestra pobre alma fatigada, lo que es á mediodía en el campo la sombra de un árbol, por mezquino que sea, para aquel que ha trabajado toda la mañana á los ardientes rayos del sol.

Pésimos tiempos habéis alcanzado; pero esos tiempos pasarán.

En pos del rigor del invierno, nos vuelve la Providencia estación menos áspera, y el pajarillo bendice en su canto la mano bienhechora que torna á darle calor y abundancia, y su compañera y su nido.

Esperad y amad. Todo lo endulza la esperanza, y todo lo hace el amor posible.

Hombres hay en este momento que sufren mucho, porque os han amado mucho. Yo, hermano suyo, he escrito el relato de lo que han

hecho por vosotros, y de lo que por esta causa han hecho contra ellos; y cuando la violencia se haya usado ella misma, entonces lo publicaré, entonces lo leeréis con lágrimas menos amargas y amaréis también vosotros á esos hombres que tanto os han amado.

Si en el día os hablase de su amor y de sus padecimientos, arrojaríanme con ellos en los calabozos. Con gozo correría á ocuparlos, si con eso pudiese ser vuestra miseria aliviada; pero de ello no resultaría alivio alguno, y es fuerza por eso esperar y pedir á Dios que abrevie el tiempo de la prueba.

Ahora juzgan y condenan los hombres: en breve juzgará él. ¡Bienaventurados los que han de ser testigos de su justicia!

Ya soy viejo; escuchad las palabras de un anciano.

La tierra aparece triste y descolorida; pero ella reverdecerá. El aliento del malvado ha de pasar eternamente sobre ella, como un sople abrasador.

Cuanto sucede, quiere la Providencia que

suceda para vuestra instrucción, á fin de que aprendáis á ser buenos y justos cuando llegue vuestra hora.

Cuando los que abusan del poder hayan pasado delante de vosotros, como el cieno de los arroyos en un día de tormenta, entonces comprenderéis que sólo el bien es duradero, y temeréis profanar el aire, purificado por las auras del cielo.

Preparad vuestras almas para ese tiempo, porque ese tiempo no está lejos, ese tiempo se acerca.

El Cristo, crucificado por vosotros, ha prometido redimirnos.

Creed sus promesas, y, para apresurar el término de su cumplimiento, reformad cuanto tenga en vosotros necesidad de reforma; ejercitaos en las virtudes todas, y amaos los unos á los otros, como el Salvador del género humano os ha amado, *hasta la muerte*.

## I

En nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.

El que tenga oídos, que oiga: el que tenga ojos, ábralos y mire, porque los tiempos se acercan.

El Padre ha engendrado á su Hijo, su palabra, su Verbo, y el Verbo se ha hecho carne, y ha habitado entre nosotros; ha venido al mundo, y el mundo no le ha conocido.

El Hijo ha prometido enviar el Espíritu consolador, el Espíritu que procede del Padre y de él, y que es su amor mutuo. Vendrá y renovará la faz de la tierra, y será una segunda creación.

Hace diez y ocho siglos, el Verbo derramó la divina semilla, y el Espíritu Santo la fecundó. Los hombres la han visto florecer, han gustado sus frutos, los frutos del árbol de vida, plantado de nuevo en su pobre vivienda.

Yo os lo digo; hubo grande alegría entre ellos cuando vieron aparecer la luz, y todos se sintieron penetrados de un ardor divino.

Después la tierra se ha tornado nuevamente tenebrosa y fría.

Nuestros padres han visto al sol declinar. Cuando se ocultó debajo del horizonte, todo el género humano se estremeció. Después hubo, durante esta noche, no sé qué, que no tiene nombre. Hijos de la noche, el Poniente se ve negro, pero el Oriente comienza á blanquear.

## II

Aplicad el oído, y decidme de dónde procede ese rumor confuso, vago, extraordinario, que por todas partes se escucha.

Aplicad la mano sobre la tierra, y decidme por qué se ha estremecido.

Algo que no sabemos se remueve en el mundo; obra hay sin duda de Dios.

Por ventura, ¿no está cada cual en expectativa? ¿Hay algún corazón que no palpita?

Hijo del hombre, sube sobre las alturas, y anuncia al mundo lo que ves.

Veo en el horizonte una nube cárdena, y en derredor un resplandor rojo, como el reflejo de un incendio.

Hijo del hombre, ¿qué otra cosa ves?

Veo al mar alzar sus olas, y á los montes agitar sus crestas.

Veo á los ríos cambiar su curso, las colinas vacilar, y terraplenar los valles con su caída.

Todo se estremece, todo se mueve, todo toma nuevo aspecto.

Hijo del hombre, ¿qué más ves?

Veo torbellinos de polvo en lontananza, arrebatados en todas direcciones, que se chocan, se mezclan y confunden. Pasan sobre las ciudades, y, después que han pasado, sólo se ven llanuras.

Veo á los pueblos alzarse tumultuosamente y empalidecer los reyes bajo sus diademas. Guerra se ha declarado entre ellos, guerra de muerte.

Veo un trono, dos tronos hechos pedazos y los pueblos que desparcen sus restos sobre la tierra.

Veo á un pueblo pelear como peleaba el arcángel Miguel con Satanás. Terribles son sus golpes, mas véole desnudo, y cubierto su enemigo de doble armadura.

¡Y sucumbió, Señor! Llagado está de muerte. Mas no. Sólo está herido. María, la Virgen Madre, le cobija con su manto, le muestra faz de risa, y sácale por breve plazo del campo de batalla.

Veo á otro pueblo pelear sin descanso, y cobrar por momentos nuevas fuerzas en la lid. Este pueblo tiene el signo de Cristo sobre el corazón.

Veo á otro pueblo, sobre el cual han sentado seis reyes la planta, y cada vez que prueba á moverse, seis puñales entran en su garganta.

Veo sobre un edificio inmenso, á grande altura en los aires, una cruz que distingo apenas, porque la cubre un velo negro.

Hijo del hombre, ¿qué más ves?

Veo el Oriente turbado y removido; mira destruirse sus antiguos palacios, y caer sus viejos templos hechos polvo, y alza los ojos como buscando otras grandezas y solicitando otro Dios.

Veo á la parte del Occidente una figura de mujer, de mirar altivo, de serena frente: traza con mano firme un ligero surco, y por donde pasa la reja, veo alzarse generaciones humanas que la invocan en sus oraciones, y la bendicen en sus cantos.

Veo á la parte del Septentrión hombres á quienes no queda más que un resto de calor concentrado en la cabeza, que los embriaga; pero el Cristo los toca con su cruz, y torna á latir el corazón.

Veo á la parte del Mediodía razas enteras sobre las cuales pesa no sé qué maldición; ominoso yugo las agobia y caminan encorvadas; empero el Cristo las toca con su cruz, y se enderezan.

Hijo del hombre, ¿qué más ves?

Nada responde; tornemos á gritar.

Hijo del hombre, ¿qué ves?

Veo á Satanás huyendo, y á Cristo rodeado de sus ángeles que viene para reinar.

### III

Y fui trasportado en espíritu á los tiempos antiguos, y estaba la tierra hermosa, y rica y fecunda; y sus habitantes vivían felices, porque vivían como hermanos.

Y ví la Serpiente que se deslizaba entre ellos: clavó en algunos su poderosa mirada, y su alma se conturbó; se acercaron y hablóles la Serpiente al oído.

Y después de haber escuchado las palabras de la Serpiente, alzaronse y dijeron: Somos reyes.

El Sol se oscureció y tomó la tierra un color fúnebre, como el de la mortaja que envuelve los muertos. Oyóse un sordo murmullo, un prolongado quejido, y tembló cada cual en el fondo de su corazón.

En verdad, yo os lo digo, fué como el día que rompió sus diques el abismo, y en que salió de madre el diluvio de las aguas mayores.

El miedo se fué de choza en choza, porque entonces no había palacios todavía, y díjole á cada uno cosas secretas, que le estremecieron.

Y los que habían dicho: Somos reyes, asieron de una espada, y siguieron al Miedo de choza en choza.

Y viéronse cumplidos allí raros misterios; hubo cadenas, llanto y sangre.

Los hombres, espantados, gritaron: El asesinato ha tornado al mundo. Y fué cuanto dijeron, porque el miedo había entumecido su alma, y paralizado el movimiento de sus brazos.

Dejaronse cargar de cadenas, ellos y sus mujeres y sus hijos. Y los que habían dicho: Somos reyes, ahondaron una gran sima, y en ella encerraron á todo el género humano, bien como se encierran las bestias en un establo.

Y el huracán barría las nubes, y retumbaba el trueno, y yo escuché una voz que decía: La Serpiente ha vencido por segunda vez; no, empero, para siempre.

Después nada oí, sino confusas voces, carcajadas, sollozos y blasfemias.

Y comprendí que debía haber un reinado de Satanás antes del reinado de Dios. Y lloré y esperé.

Y la visión que tuve era verdadera, porque el reinado de Satanás se ha visto cumplido, y se verá también cumplido el reinado de Dios. Y los que han dicho: Somos reyes, se verán á su vez encerrados en la sima con la Serpiente, y saldrá de ella el género humano: y será para él como otro nacimiento, como el tránsito de la muerte á la vida. Así sea.

### IV

Hijos sois de un mismo padre, y la misma madre os ha amamantado. ¿Por qué, pues, no os amáis los unos á los otros como hermanos? ¿Por qué os tratáis más bien como enemigos?

Aquel que no ama á su hermano, es siete veces maldecido; y aquel que se declara enemigo de su hermano, es maldecido setenta veces siete veces.

Por eso los tiranos de la tierra han sido maldecidos; no han amado á sus hermanos, y hánlos tratado como á enemigos.

Amaos los unos á los otros, y no tendréis que temer á los tiranos de la tierra.

Son fuertes contra vosotros, porque no estáis unidos, porque no os amáis como hermanos los unos á los otros.

No digáis: Ese hombre es de un pueblo, y yo soy de otro pueblo. Porque los pueblos todos han tenido en la tierra el mismo padre, que es Adán, y tienen en el cielo el mismo padre, que es Dios.

Si lastimáis un miembro, el cuerpo todo se resiente. Vosotros sois todos un mismo cuerpo:

no es posible oprimir á uno de vosotros, sin que en él sean todos oprimidos.

Si un lobo se arroja sobre un rebaño, no lo devora todo entero de una asentada: hace presa de una oveja y la come. Más tarde, renaciendo su apetito, ase de otra, y la devora también, y así hasta la última; porque renace su apetito sin cesar.

No seáis pues como las ovejas, las cuales, cuando el lobo ha arrebatado una, se espantan un momento y tornan de nuevo tranquilamente á pacer. Porque, presumen, acaso se contente con su primera ó con su segunda presa; y á mí, ¿qué se me puede dar de las que devore? Más hierba tendré á mi disposición.

En verdad, yo os lo digo: los que de ese modo piensan en el fondo de su alma, designados están para ser pasto un día de la bestia que vive de carne y de sangre.

## V

Cuando veis á un hombre conducido á la cárcel ó al suplicio, no os deis prisa á decir: Ese hombre es un malvado, que ha cometido un crimen contra los hombres.

Porque puede muy bien ser un hombre de bien, que ha querido servir á los hombres, y que se ve de ello castigado por sus opresores.

Cuando veis un pueblo cargado de cadenas y entregado al verdugo, no os deis prisa á decir: Ese pueblo es un pueblo violento que pretendía alterar la paz de la tierra.

Porque puede muy bien ser un pueblo mártir, que muere por la redención del género humano.

Diez y ocho siglos hace, en una ciudad de Oriente, los pontífices y los reyes de aquel tiempo enclavaron sobre una cruz, después de haberlo azotado, á un sedicioso, á un blasfemo, como le llamaban.

El día de su muerte hubo grande espanto en el infierno, y sumo gozo en el cielo.

Por la sangre del Justo había salvado el mundo.

## VI

¿Por qué encuentran los animales su alimento, cada uno según su especie? Porque ninguno entre ellos se apodera del otro, y porque cada cual se contenta con satisfacer sus necesidades.

Si en la colmena dijese una abeja: Toda la miel que hay aquí me pertenece, y dicho eso se pusiese á disponer á su antojo del fruto del común trabajo, ¿qué sería de las demás abejas?

La tierra es como una grande colmena, y los hombres son como abejas.

Cada abeja tiene derecho á la porción de miel necesaria á su subsistencia; y si los hay entre los hombres que carecen de lo necesario, consiste en que la justicia y la caridad han desaparecido de entre ellos.

La justicia es la vida, y la caridad es la vida también, y vida en verdad más dulce y más abundante.

Falsos profetas ha habido que han persuadido á algunos hombres que habían nacido los demás para ellos; y lo que éstos han creído, hanlo creído también los demás sobre la palabra de los falsos profetas.

Cuando esta palabra de mentira hubo prevalecido, lloraron los ángeles en el cielo, porque previeron que iban á pesar sobre la tierra muchos males, grandes violencias y crímenes sin cuento.

Los hombres, iguales entre sí, han nacido para Dios sólo, y quienquiera que diga otra cosa, dice una blasfemia.

El que quiera ser más grande entre vosotros, que sea vuestro servidor; el que quiera ser el primero entre vosotros, que sea el servidor de todos.

La ley de Dios es ley de amor, y el amor no se alza y encarama sobre los demás, sino que se sacrifica á los demás.

El que dice en el fondo de su corazón: Yo no soy como los demás hombres, sino que los demás hombres me han sido dados para que los mande y disponga de ellos y de lo que es de ellos á mi albedrío, ese es hijo de Satanás.

Y Satanás es el rey de este mundo, porque es el rey de cuantos piensan así y así proceden; y los que tal piensan y así proceden, han venido á ser por sus consejos los señores del mundo.

Mas su imperio no tendrá más que un tiempo, y ya tocamos al término de ese tiempo.

Daráse una gran batalla, y el ángel de la justicia y el ángel del amor pelearán por los que hayan empuñado las armas para restablecer entre los hombres el reinado de la justicia y el reinado del amor.

Y muchos morirán en la batalla, y quedará su nombre sobre la tierra como un rayo de la gloria de Dios.

Por eso, vosotros que padecéis, animaos, confortad vuestro corazón, porque mañana será el día de la prueba, el día en que cada uno habrá de dar con regocijo la vida por sus hermanos, y el que amanezca al día siguiente será el día de la redención.



## VII

Cuando un árbol está solo, báténle los vientos y desnúdanle de sus hojas, y sus ramas, en vez de elevarse, se inclinan como si buscasen la tierra.

Cuando una planta está sola, no hallando abrigo contra el ardor del sol, se seca, se marchita y muere.

Cuando el hombre está solo, el viento del poder le inclina hacia el suelo, y la ardiente codicia de los grandes de este mundo absorbe la savia que le alimenta.

No imitéis pues á la planta ni al árbol que están solos; empero uníos los unos con los otros y allegaos y cobijaos mutuamente.

En tanto que viviereis desunidos, y que no pensare cada cual sino en sí, nada podéis esperar sino sufrimiento y dolor, desdicha y opresión.

¿Hay cosa más débil que el gorrión y más inerte que la golondrina? Cuando aparece, sin embargo, el ave de rapiña, las golondrinas y los gorriónes logran ahuyentarla aunándose en derredor suyo y persiguiéndola de consuno.

Tomad ejemplo del gorrión y de la golondrina.

A aquel que se separa de sus hermanos, síguele el temor cuando anda, siéntase á su lado cuando descansa, y ni aun durante el sueño le abandona.

Si os preguntan, pues: ¿Cuántos sois? res-

poned: Somos uno; porque nuestros hermanos somos nosotros, y nosotros nuestros hermanos.

Dios no ha criado ni pequeños, ni grandes, ni amos, ni esclavos, ni reyes, ni vasallos; sino que ha hecho á todos los hombres iguales.

Empero entre los hombres, háilos que tienen más fuerza ó de cuerpo, ó de ánimo, ó de voluntad; y esos son quienes tratan de avasallar á los demás, cuando el orgullo ó la codicia sofoca en ellos el amor de sus hermanos.

Y Dios sabía que había de ser así, y por eso mandó á los hombres que se amasen, á fin de que estuviesen unidos, y de que los débiles no cayesen jamás bajo la opresión de los fuertes.

Porque aquel que es más fuerte que uno solo, será menos fuerte que dos; y aquel que es más fuerte que dos, será menos fuerte que cuatro; y de esa suerte nada temerán los débiles, cuando amándose los unos á los otros, estén sinceramente unidos.

Un hombre transitaba por la montaña, y llegó á un sitio en que un enorme peñasco, que se había desgajado sobre el camino, le llenaba y obstruía, y fuera de aquel camino no había otra salida, ni á derecha ni á izquierda.

Este hombre, pues, viendo que no podía proseguir el viaje comenzado, á causa del peñasco, probó á moverle para abrirse paso, y fatigóse mucho en aquel trabajo, y todos sus esfuerzos fueron vanos.

Viendo lo cual, sentóse agobiado de tristeza, y dijo: ¿Qué será de mí cuando la noche llegue y me sorprenda en esta soledad, sin alimento, sin abrigo, sin defensa alguna, en la hora en que las fieras salgan á buscar su presa?

Y estando embebido en este pensamiento, otro viajero sobrevino, el cual, habiendo hecho lo que había hecho el primero, y habiéndose encontrado tan impotente como él para mover la piedra, sentóse taciturno é inclinó la cabeza.

Y después de este segundo llegaron otros, y ninguno pudo mover el peñasco, y era grande el temor que todos tenían.

Por fin, uno de ellos dijo á los demás: Hermanos míos, endecemos nuestros ruegos á nuestro Padre común que está en el cielo: tal vez tenga piedad de nosotros en esta congoja.

Y fueron escuchadas estas palabras, y oraron de corazón al Padre común que está en el cielo.

Y cuando hubieron orado, el que había dicho: Oremos, dijo también: Hermanos míos, lo que ninguno de nosotros ha podido hacer solo, ¿quién sabe si lo haremos todos juntos?

Y pusieronse en pie, y todos á una empuja-

ron el peñasco, y el peñasco cedió, y prosiguieron en paz el viaje interrumpido.

El viajero es el hombre, el viaje es la vida, el peñasco son las miserias que encuentra á cada paso en su camino.

Ningún hombre podría remover solo ese peñasco; pero Dios ha graduado su peso de tal suerte, que no detiene jamás á aquellos que viajan juntos.

## VIII

En el principio el trabajo no era necesario al hombre para vivir: la tierra proveía ella misma á sus necesidades todas.

Empero el hombre delinquirió, y como se había rebelado contra Dios, rebelóse la tierra contra él.

Acontecióle lo que acontece al mancebo que se alza contra su padre; el padre le niega su amor y le abandona; y los familiares de su casa se niegan á servirle, y vase buscando de aquí para allí su pobre vida, y comiendo el pan ganado con el sudor de su rostro.

De entonces, pues, Dios ha condenado á todos los hombres al trabajo, y todos tienen su tarea de cuerpo ó de ánimo, y los que dicen: Yo no trabajaré, esos son los más miserables.

Porque bien así como devoran los gusanos un cadáver, los devoran los vicios á ellos, y si no los vicios, el fastidio.

Y cuando Dios quiso que el hombre trabajase, ocultó un tesoro en el trabajo, porque es Padre, y el amor de un padre es infinito.

Y para aquel que hace buen uso de este tesoro y no le disipa insanamente, llega un tiempo de reposo, y entonces viene á estar como estaban los hombres en el principio.

Y dióles Dios también este precepto: Ayudaos los unos á los otros, porque entre vosotros los hay más fuertes y más débiles, sanos y enfermos; todos, empero, tienen que vivir.

Y si obráis así, todos viviréis, porque yo premiaré la piedad que de vuestros hermanos hubiereis tenido, y yo fecundaré vuestro sudor.

Y lo que Dios ha prometido se ha visto siempre realizado, y nunca se ha visto faltar el pan al que ayudó á sus hermanos.

Hubo, empero, en otro tiempo un hombre malo y maldecido del cielo. Y este hombre era fuerte y aborrecía el trabajo; de suerte que dijo para sí: ¿Cómo me valdré? Si no trabajo habré de perecer, y me es sin embargo el trabajo insuportable.

Entróle entonces en el corazón un pensa-